

Mi transfiguración

Iwiga Mukira

Viajábamos en un carro Grand Marquis a El Paso Texas, a que me checara el doctor. Íbamos mi sobrinita de 3 años, mi hermana, mi mamá y yo. Mi papá no nos pudo acompañar por razones de trabajo y nos llevaba un chofer. Yo ocupaba el lugar del copiloto y las demás viajaban en la parte de atrás. De manera sorpresiva se tronó una llanta y el carro se salió de la cinta asfáltica, mientras el chofer trataba de controlarlo sacándolo de la terracería.

Sólo recuerdo que, por el impacto, mi cuerpo se hizo para enfrente y desde ese momento ya no supe de mí. Me dicen que el carro volvió a entrar a la carretera, pero un buen tramo avanzó en sólo dos ruedas, las de mi lado, por lo que mi cabeza, mi cara y parte de mi cuerpo, el cual estaba atrapado en el vidrio, iban raspando el pavimento. Quedé gravemente herida y fui trasladada de emergencia a un hospital.

Los médicos hicieron lo necesario para salvarme. En esa inconciencia mi vida se transfiguró; conocí otro nivel de la existencia, me veía caminando sobre un camino color paja; lo impactante es que yo caminaba cojeando y me sentía muy cansada. A lo lejos veía una luz muy intensa y en un arco que se encontraba a mi lado derecho, veía a un señor algo robusto, vestido de traje, su piel clara y su cabello plateado muy brillante; del lado izquierdo había alguien... no recuerdo bien, pero sentí que tal vez era Dios. No lo sé. También me veía a mí misma y me sentía cada vez más pesada, aunque tranquila y relajada.

No sé si pasó mucho o poco tiempo. De pronto abrí los ojos y voltéé a todos lados; sentí miedo y confusión. Me levanté sin saber que las sondas y aparatos a los que estaba conectada eran los que me tenían con vida. ¡Estaba en terapia intensiva! un lugar

oscuro y feo. Me volvieron a acostar, aunque opuse resistencia, mientras decía palabras incoherentes.

La conciencia estaba volviendo a mí, después de tres días en coma. Mis padres y familiares tuvieron un respiro por mi sorpresiva recuperación. Sentía que me querían matar y yo quería vivir. Me defendía y gritaba ¡Me quieren matar! ¡Déjenme! ¡¡Déjenmeeee!!

Para evitar algún percance me amarraron a la cama, y al despertar sentí una gran impotencia y una profunda tristeza. Tal vez me sedaron; estaba confundida, adolorida del cuerpo y del alma.

Me llevaron a otro cuarto: dejaba terapia intensiva. Aún no distinguía entre sueño y realidad. No podía ubicarme en el espacio ni en el tiempo; la vida iniciaba para mí. La gente entraba y salía de mi habitación de convaleciente. Mis sentidos se agudizaron: podía percibir cuándo las personas iban por compromiso, curiosidad o amor. El aroma de las flores llegaba hasta mí con una intensidad suprema. Soñaba cosas raras: veía a mis tías abuelas (algunas que ya habían fallecido) tocando diferentes puertas, vestidas de negro.

En ese cuarto estuve un mes. Me operaron en varias ocasiones, que porque si se me infectaba el injerto, que si lo aceptaba mi organismo, que si pensaba bien, que si no me sentía loquita... Lo más maravilloso de todo era cuando veía a mi mamá llegar; la recuerdo con una falda color lila, con su sonrisa y su amor incondicional. Ella me embriagaba con su paz y fortaleza... No se diga cuando veía a mi papá ¡qué felicidad! Recuerdo cómo me tomaba de la mano y sin decir nada me lo decía todo. Cómo no voy a recordar a un amigo que se acercó, me saludó de beso y me dijo quedito: ¡Güera, qué jodida te dejaron! Sólo sonreí.

¡Por fin llegó el gran día! Salí del hospital y... ¡oh sorpresa! Al intentar caminar mis piernas no me sostenían y la luz del día me encandila. Me subí al carro y me mareé, el estómago se me revolvió. Más tarde me quise bañar y no pude hacerlo, pues traía un aparato en los hombros para que la clavícula me soldara y la

cabeza toda vendada. Siguieron las curaciones y el aprender a vivir con mis limitantes. Tenía los ojos rojos y la cara muy inflamada. Sentía mucha tristeza y me decía ¡qué impotencia, qué dolor!

Poco a poco me fui recuperando con el apoyo y el amor de toda mi familia. Pasó otro mes y me dieron de alta. Inicié mi vida normal a pesar de que mi aspecto todavía era deprimente, pero ya me sentía bien. Aprendí a ponerme turbantes de diferente manera, a traer lentes oscuros para esconder mis ojos, ya que el párpado del ojo izquierdo se levantó todo y la ceja estaba partida; el ojo del lado derecho estaba bien, sólo se rompió un nervio; en la sien de ese ojo me pusieron un injerto; en mi cabeza tenía unas cicatrices muy anchas, las cuales ya no se cubrieron de cabello.

A mis escasos 21 años no tenía acné, pero si algo más... mucho más. Yo no le daba importancia, sólo quería vivir y buscar el porqué y para qué de lo que hacía. Me sentía feliz: de nuevo estaba en casa con mis hermanos, mis abuelitas, mis primos, mis amigos... Aprendí a cuidar de que en mi alma no se formaran cicatrices. Las cicatrices del cuerpo las ve todo el mundo, pero en mi interior, en mi alma, sólo yo puedo ver y sentir; y si no me cuido, si no me quiero ¿cómo puedo ser capaz de querer a los que me quieren, de amar a los que me aman y también a los que no lo hacen? Dios me visitó y me dijo: "Ama a tu prójimo como a ti misma".

La vida continuaba y yo me decía: "Estoy viviendo para algo ¿para qué será?". ¡Qué angustia! Creía que debía encontrar la respuesta en ese momento, mas no tomé en cuenta que el Universo responde a su ritmo, y así lo ha ido haciendo.